

# Capítulo 33 - - Luces pálidas

Esperaron a los dos el mayor tiempo posible, pero ni Remund Cerdan ni Tristan hicieron acto de presencia. Con el paso de las horas, la compañía se volvió cada vez más inquieta.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo finalmente Lord Zenzele—. O se han regresado o están muertos.

—Seguramente —manifestó Isabel—, aún podemos esperar un poco más.

La belleza de cabello oscuro se había ido mostrando cada vez más angustiada con el transcurso del tiempo. Angharad sintió pena por ella: de los dos chicos con quienes había llegado, uno había probado ser un villano y el otro probablemente ya estaba muerto. El Maestro Cozme insistió en que permanecieran más tiempo allí, en la entrada del salón del espejo roto. Solo encontró a una Isabel vacilante como aliada.

—Nadie afirma que ustedes dos no puedan esperar al Señor Remund —dijo Yaretzi con tacto—. Esa es una decisión que corresponde a ustedes. Pero no necesariamente debe ser la nuestra.

Un resoplido.

—Fue un poco cabrón, tu hombre —comentó Lord Zenzele—. Triste lo de Tristan, pero la laberinto es un lugar mortal. Mantenerse seguro en el Antiguo Fuerte no le preparó, a pesar de las historias sobre la bestia heliodora.

—¿Estás tan ansioso por abandonar a uno de nosotros? —dijo Cozme con enojo—. ¿Qué te pido más que tiempo?

—Cada vez más, mi paciencia —replicó el señor Malani—.

Angharad, aunque en parte quería esperar —le avergonzaba haber invitado a Tristan solo para perderlo en el primer día—, tuvo que intervenir.

—Tomaré horas escalar los cristales —dijo Angharad—. Disculpa, Maestro Cozme, pero si queremos llegar al templo antes del anochecer, no podemos seguir retrasándonos.

El viejo hombre tiró de su bigote con irritación, pero no discutió. Capaz de reconocer cuando una batalla se perdía, su actitud mostraba que no valía la pena insistir. El intento de Isabel de confortarlo fue rechazado con brusquedad, lo que le mereció a Angharad una ceja levantada. La pérdida y el duelo deben ser aceptados, se dijo, aunque no estaba segura de si Lord Remund estaba muerto. La verdad era que no sabía cómo sentirse respecto a ello. El más joven de los Cerdan no había sido amigo suyo, pero ella no le deseaba la muerte.

De cualquier modo, no hacía diferencia: que estuviera muerto o vivo, Angharad seguía atada por su juramento a no buscar compañía en Isabel Ruesta.

Enderezando su atención cada vez más débil, Angharad abrió su mochila para preparar el equipo obtenido de la Guardia la noche anterior. Cuanto antes llegaran al templo, mejor. Aunque le resultaba inquietante dormir en un lugar donde Aines había sido asesinado, no tenían otra opción. Era la mejor forma de permanecer cerca de la puerta que los llevaría de regreso a la fortaleza-templo y, a través de ella, al último tramo antes de la puerta —lo que Lady Ferranda llamaba la 'Carretera de Peaje'. Sin embargo, solo un tonto olvidaría la masacre que allí ocurrió. Decidieron que todos dormirían en una misma habitación, con vigilancia constante en turnos.

Aunque se habían preparado cuidadosamente para la travesía, atravesar el salón roto seguía siendo una labor ardua.

Los cristales siempre habían sido afilados y, desde que se rompieron en fragmentos, aún más peligrosos; incluso los más pequeños eran tan dañinos como los caltrops — atravesaban las botas de cuero, para desesperación de Yaretzi. La Izcalli sufrió heridas leves, pero verla fruncir el ceño constantemente los hacía doblemente cautelosos. Sin embargo, sus cuerdas, ganchos para escalar y guantes demostraron ser suficientes para la tarea. Aunque resultaba difícil para los menos en forma, Angharad los guiaba hacia secciones del techo colapsado siempre que podía—generalmente en buen estado—y seguirlas permitía a la compañía cruzar con mayor rapidez.

Aún así, tomó dos horas, más tiempo que el que había llevado la sala cuando la habitaba un espíritu, y todos quedaron empapados en sudor al final. Más allá de la caverna inquietante y la carrera de gárgolas, el templo aún aguardaba: y justo como había previsto Angharad, los demás le habían ganado la partida. Tras esperar tanto tiempo a Remund y Tristan, eso era algo inevitable. Todos estaban en el piso superior, en el cuarto nivel, aunque evitaban el lugar donde se había encontrado el cuerpo de Aines. La habitación donde seguramente seguía esperando —medio enterrada por falta de madera para quemarla— seguía con la puerta cerrada.

La mirada de todos parecía esquivarla, como si por un acuerdo no dicho.

Rompiendo de inmediato la sombría atmósfera que envolvía a la multitud, el diablo que siempre acechaba los pasos de Angharad fue el primero en saludarla.

"Con retraso a la moda en la fiesta, Lady Tredegar", llamó Tupoc. "Y veo que faltan algunos amigos."

Como si alguna vez hubiese algo de elegante en llegar tarde. Izcalli.

Tupoc estaba sentado en las escaleras, con su lanza segmentada ensamblada y apoyada contra su hombro. Su sonrisa era tan arrogante como sus pendientes, pero los detalles delatan su estado: espera problemas. Quizá no sin razón. Exceptuando a Augusto Cerdan, cuyos oscuros ojos nunca la apartaron de su mirada, todos le daban un amplio margen. El Lord Ishaan y Shalini se mantenían en su rincón, mientras Lady Ferranda y Brun también guardaban distancia — Zenzele fue enseguida a acompañarlos, provocándole un pinchazo de incomodidad — y Lan se quedaba con Lady Acanthe. Ahora que los santuarios que habían logrado superar ya no estaban presentes y sólo

había un camino por recorrer, la breve reunión de los grupos llegó a un final abrupto.

Aunque reconocía las palabras de Tupoc como una provocación, el honor obligaba a Angharad a compartir información importante para todos los que participaban en la prueba.

"Remund Cerdan y Tristan están desaparecidos", confesó. "No tengo noticias de su estado."

Hubo murmullos al respecto. Remund tenía pocos amigos, pero Tristan era aprendiz de médico y eso valía mucho en este lugar alejado del Viejo Fuerte. Sin embargo, una sola voz rompió la calma: Augusto Cerdan soltaba carcajadas. Seguía riendo incluso cuando todos los demás guardaron silencio, hasta que empezó a jadear y a perder el aliento. Tirando de su collar, el rostro destrozado del infanzón se desdibujó en una sonrisa.

"Cozme", dijo con alegría. "Todo está perdonado. Puedes volver a mi lado."

El anciano no se movió, pero su mirada se posó en el último de los hermanos Cerdan. Había una expresión en esos ojos que Angharad nunca antes había visto: fría, casi calculadora.

"Mientras tu hermano esté vivo, sirvo a su lado", dijo finalmente Cozme Aflor.

El corazón de Angharad se apretó con angustia. ¿Podía ese maestro Cozme estar sugiriendo que alguna vez podría regresar al lado de Augusto? Debía ser solo cortesía hacia un hombre al que alguna vez sirvió, nada más. La interrupción vino de otra parte.

"Que alguien desaparezca no siempre significa que esté muerto", dijo Lord Ishaan dando un paso adelante. "Quizá regresen en la noche. Hasta entonces, ¿acordamos todos una tregua?"

Tupoc soltó una carcajada, golpeando la empuñadura de su lanza contra su hombro.

"Nosotros, Nair?" preguntó. "¿Quién es ese 'nosotros' que dices representar?"

"Los dos," dijo Shalini, uniéndose a su compañero.

"Una multitud realmente numerosa", murmuró Tupoc con desdén. "Que tiemblen ante las poderosas legiones de Ramaya — dime, ¿cuál es la vanguardia y cuál la retaguardia?"

Shalini lo observó un momento, y el pícaro y curvilíneo pistolero finalmente soltó una carcajada. Escupió a un lado y sacó una pistola.

¿Alguna vez pensaste, Tupoc, en que se te están acabando los corazones cálidos que puedas usar como escudo frente al peligro? Continúa moviendo esa boca, y tal vez decida llenarla con algo aún más difícil de tragar, incluso para ti.

El Izcalli levantó una ceja.

"¿Amenazas?" preguntó. "Y aquí creía que tu amo buscaba una tregua."

“Sí,” sonrió Shalini. “Escondiéndote tras otra tregua. Esa es tu mejor estrategia, ¿no? Espero con ansias estar en la sala cuando finalmente te falle. Eso sí que será una buena carcajada.”

El pistolón que sostenía la Someshwari —especialmente Ramayan, pensó Angharad— no era una amenaza vacía. Por lo que Angharad había visto, la tiradora podría de verdad acabar con Tupoc. Y una vez que esa idea se instaló en su mente, no se fue. Shalini tenía razón, pensó. Tupoc había permanecido vivo tanto tiempo sin pagar por sus acciones porque se había vuelto demasiado problemático para sacarlo a la luz, ¿pero seguía siendo así? Ocotlán estaba muerto. También sus dos desafortunados reclutas, Felis y Aines. La fuerza del Izcalli había menguado.

Ahora, lo único que le quedaba a Tupoc era su lanza y el brillo de los puentes que había incendiado: Angharad había esperado demasiado tiempo.

“¿Señora Tredegar?” presionó Shalini. “¿Cuál es su palabra respecto a la tregua?”

“No puedo aceptar ninguna,” respondió Angharad.

La expresión de sorpresa en el rostro de la Someshwari, un destello de traición.

“Todavía no,” dijo Angharad con serenidad.

Lentamente desenvainó su espada mientras se volvía hacia Tupoc y su último compañero.

“Ya en dos ocasiones has evitado responder por tus acciones, Augusto Cerdán,” dijo el Pereduri. “¿Debo volver a golpear tu rostro para que seas responsable, o finalmente defenderás tu honor con la espada en mano?”

Un escalofrío recorrió el aire. Nadie habló, nadie se movió. La cara de Augusto —hundida por la mala suerte, ahora llena de moretones y piel rasgada— se tensó por el miedo. Se levantó, dando medio paso hacia las escaleras. Luego, Tupoc se levantó, suspiró y golpeó su lanza contra el hombro.

“¿Otra vez molestando al pobre Augusto?” musitó con desdén. “Vamos, no podemos permitirlo.”

“¿Nosotros?” repitió suavemente Angharad. “¿Quién es ese ‘nosotros’ que dices representar?”

Tupoc miró a su alrededor y percibió lo mismo que la mujer: cómo las ovejas que antes le temían ahora se mostraban con la valentía de lobos. La noble pensó que podía distinguir el momento exacto en que finalmente se dio cuenta de que él había exagerado, que su sonrisa se mantenía algo rígida, sus ojos estaban demasiado abiertos.

“¡Aléjate, Tupoc Xical,” dijo Calmadamente Angharad. “O te reduciré a pedazos.”

Y la ilusión se rompió. Su poder ya no se basaba en la verdad, sino en la inercia de un tiempo que había sido, pero no era más. Había sido una farsa, y Angharad acababa de desenmascararla.

Un latido después, Song apareció a su lado. Su mosquete, con aire despreocupado, apuntaba hacia adelante. Un carcaj de risas amargas siguió, y luego el sonido de una hoja que salía de su funda. Lord Zenzele ya estaba en pie, con los ojos ardiendo por algo parecido a un odio profundo.

“Y ella no estará sola. Hazlo, Xical,” dijo Zenzele Duma. “Por favor, dame una razón.”

“Ya tienes una, Duma,” respondió Tupoc con amabilidad. “Simplemente, eres demasiado cobarde para usarla.”

La mirada del Izcalli apenas si lo dirigía, notó ella. Estaba midiendo distancias y ángulos, igual que ella. Observando si el combate aún era posible.

“Necesitamos calmar los ánimos,” dijo Isabel. “Seguramente podemos—”

— Cierren sus malditas bocas, Isabel — replicó Lady Ferranda suavemente, desenfundando su propia espada —. Los pasajeros no tienen voz, y esto ha sido un asunto que se debía resolver desde hace tiempo.

La belleza de cabello oscuro retrocedió con un sobresalto y, aunque el instinto de Angharad era intervenir, lo reprimió. Podría consolar a Isabel después, cuando el peligro hubiera pasado. Mientras tanto, Ferranda se acercó a Zenzele, inclinándose a su lado, aceptando silenciosamente su postura. Solo unos pocos permanecían sin decidirse aún. Brun, observando todo con nerviosismo, con mano en su hacha; Ishaan y Shalini todavía a la retaguardia; Lady Acanthe alcanzando su pistola con temor visible en el rostro, y Lan y Yaretzi retrocediendo, y—

— Esto es una locura.

Los dedos de Angharad se apretaron alrededor del mango de su sable hasta que la piel de la cueroza crujió y sus nudillos se tornaron blancos. El maestro Cozme, con pistola en mano, intercedió entre ella y Augusto. No apuntaba la pistola hacia ella, pero por la dirección en que aún apuntaba el cañón, debía estar cargada. Su decisión era evidente: Augusto había llamado, y él había acudido. El traidor, el ratero sucio y traicionero.

— ¿Vamos a luchar antes siquiera de afrontar las pruebas de la fortaleza-templo? — desafió Cozme Aflor —. ¿Cuántos muertos, cuántos heridos podemos...—

A mitad de la frase, se congeló. Sus ojos rodaron hacia atrás y cayó desplomado, el arma rebotando contra el suelo. Seguía respirando, vio, solo estaba inconsciente. Un suspiro hizo que Angharad dirigiera su mirada hacia el cielo terrenal mientras Lord Ishaan, con una cicatriz en el labio, se frotaba la frente.

— Eso me va a dar un dolor de cabeza terrible, — se quejó Ishaan Nair.

Shalini resopló, luego tomó la pistola que había estado manipulando con evidente cariño.

— Eso es lo que pasa cuando elegimos un lado, amigos — sonrió la Someshwari —. ¿Les gustan las probabilidades, Tupoc?

Un contrato dormir, pensó Angharad, con un matiz de temor. Ishaan tenía un contrato que obligaba al sueño.

Justo como el asesino que estuvo cortando gargantas.

No, pensó ella. Él era de noble cuna, seguramente no podía — desde el borde de su visión, Angharad vio a Augusto avanzar lentamente por las escaleras y decidió dejar ese asunto de lado. Él va a huir, pensó ella. Un can honorable hasta el final. La pálida mirada de Tupoc barrió las fuerzas enfretadas, calculando, pero aún sin temor alguno. En ello, ella habría sentido admiración, en un hombre mejor.

— Podría preguntarte lo mismo, Goel — dijo Tupoc Xical de repente —. ¿Qué tal nuestras posibilidades de llegar a la puerta con suficientes vencedores?

Si hubiera pedido clemencia o decencia, pensó Angharad, se habrían burlado de él. Pero en cambio, los Izcalli mencionaron la única cosa que importaba a todas y cada una de las personas en este pasillo: sus palabras se referían a la Prueba de las Ruinas.

Y detrás de ellos, pensó Angharad, podía escuchar un sonido como un crujido en el hielo.

— ¿Cuántos vencedores contamos? — preguntó Tupoc a todos. — Mejor estar seguros de eso, antes de empezar a eliminar a los demás, porque si pierden a Augusto y a mí quedarán dos menos.

Angharad hizo una pausa. En realidad, no conocía el número exacto. Tupoc era uno, contaba ella, y ahora presumiblemente Augusto también. Luego estaban Isabel, Zenzele y ella misma, en el antiguo equipo. Cinco. La mirada de Pereduri se deslizó hacia Lord Ishaan, quien aclaró su garganta.

— Shalini y yo somos vencedores — contribuyó él.

— Yo también, — añadió con discreción Acanthe.

Entonces, ocho vencedores en total.

Angharad oyó cómo se extendían las grietas en el hielo, formando una telaraña que se desplegaba.

— Para quienes son más lentos en reaccionar — dijo Tupoc —, significa que aún nos faltan dos para alcanzar los diez necesarios, y solo quedan seis posibles nuevos vencedores.

Se detuvo.

“¿Matamos a Augusto entonces, y dejamos que tres de esos seis tengan que ganar? ¿O tal vez escuchamos a ese audaz Zenzele y me añadimos a la pila, para que sean cuatro en lugar de tres?”

El señor Malani gruñó, pero no respondió.

Las palabras de Tupoc se difundieron como veneno. Angharad ya era vencedora, así que por más pruebas que superara, no podía aumentar su número. Miradas frías observaban a quienes aún permanecían sin coronar: el inconsciente Maestro Cozme, Lady Ferranda, Song, Brun, Yaretzi y Lan. Yaretzi era diplomática de profesión, aunque podía defenderse, y Lan solo era una chismosa con un cuchillo como único arma. Los otros eran candidatos más sólidos, pero las pruebas de los espíritus no siempre eran tan simples como la destreza con las armas. Angharad pensó que podrían confiar en que dos de estos seis pasaran la prueba. Eso dejaba espacio para errores, para las trampas de los espíritus. Probablemente, tres de estos seis saldrían victoriosos, aunque menos seguro, también parecía probable.

El problema era lo que venía después, lo tenía claro.

Tupoc también lo sabía.

“Eso creo. Pasaremos por la fortaleza-templo con diez u once, aunque tengamos nuestra pequeña pelea aquí,” se encogió de hombros Tupoc. “Pero eso aún deja el Camino de la Tarifa, amigos. ¿No sería un poco tedioso que una o dos muertes allí nos bajaran a menos de diez justo antes de llegar a la puerta?”

Angharad tragó su orgullo. No podía dejar que él se escapara, no otra vez más.

“Lord Ishaan,” dijo ella. “¿Será tu contrato con Xical?”

Cozme no estaba muerto todavía. Sus preocupaciones, de que tal vez estuviera hablando con el hombre que había estado cortando gargantas, quedaron de lado; si Tupoc podía ser incapacitado de la misma forma, quedarían siete vencedores tras la muerte de Augusto. Un riesgo, desde luego, pero uno que estaba dispuesta a aceptar. La Someshwari frunció el ceño.

“No estoy segura.”

Él no propuso usar su contrato después, y Angharad no lo preguntó. Ser rechazada solo la humillaría aún más.

“Xical cura,” anotó Shalini. “Soplearle los rodillas debería funcionar igual de bien.”

Pero la boca de su pistola bajó y Angharad pensó que podía escuchar cómo el hielo se rompía por completo. Tupoc aún tenía enemigos, quienes querían matarlo, pero el viento ya no soplaba a favor del Pereduri. Demasiadas caras nerviosas observando, demasiadas piezas en movimiento.

¿Cómo era, pensó Angharad, que un hombre casi universalmente despreciado, que amenazaba con arrojarse a la muerte, lograba forzar a todos una y otra vez a retroceder?

Ferranda suspiró, sheathing su espada, y eso fue el principio del fin. El mosquete de Song bajó, luego Zenzele gruñó de nuevo y se alejó con paso firme. Angharad no los observó, sus ojos permanecieron en Augusto Cerdan. Quien la miraba con temor y odio, ni una chispa de alivio atravesaba aquel rostro brutalizado.

“Acepto la tregua hasta que hayamos pasado la última puerta,” dijo Angharad. “Eso hace tres, Lord Augusto. Lo juro por mi honor, no habrá un cuarto.”

--

El Maestro Cozme no compartiría habitación con ellos.

Aunque el hombre se hubiera disculpado cuando Tupoc lo despertó a golpes —lo cual no fue así—, Angharad no lo habría soportado. ¿Qué honor había en volver al lado de un hombre que asesinaba a sus propios sirvientes y traicionaba a cada paso? No podía alabar la lealtad cuando era tan manifiestamente inmerecida; ningún hombre de carácter habría regresado al lado de Augusto Cerdan. ¿Cómo no lo había visto antes? Fue su propia ingenuidad la que la cegó, una muchacha tonta que tomó la primera mano amistosa que le ofrecieron. Qué risa debió haber sido para él, engañándola de esa forma.

Mordiéndose lo que ella admitía como una sana dosis de orgullo herido, evitó a Isabel mientras todos arrastraban sus mochilas hacia la habitación donde pasarían la noche. Estaba demasiado enojada para ofrecer la consuelo que la infanzona necesitaba, después de haber perdido a un amigo en Remund y ser luego insultada por Ferranda. Las palabras de Lady Villazur habían sido injustas: Isabel, aunque no era una luchadora, era una vencedora. Ferrand Villazur no, a pesar de los secretos sobre el laberinto que había mantenido bajo la manga.

Sentirse rodeada por muros la hacía sentir aprisionada, así que Angharad salió a respirar. El templo, a pesar de sus peligros, era lo suficientemente hermoso para contemplar: en el piso de abajo, las piscinas y cascadas de agua luminosa fluían como hilos de resplandor, increíblemente elegantes. La mujer de tez oscura apoyó los codos en la barandilla de piedra y dejó escapar su furia con cada respiración. Mantener la calma no significaba abandonar la queja, sino mirarla con ojos despejados. Angharad se obligó a mirar la fuente de su enojo con una expresión más tranquila y llegó a una conclusión.

No era, al final, su lugar para decirle a Cozme Aflor dónde debía estar. Ella no era su señora ni su capitana. Que su acto fuera una traición a la confianza no podía negarse, y aunque el honor no la obligaba a buscar venganza, ahora consideraba todos los lazos con él como cortados. Debería tratarlo como a un desconocido de poca reputación, nada más.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, como una sola gota de hielo deslizándose hacia abajo. Los hombros de Angharad se tensaron tanto por la sensación como por lo que se escondía más allá de ella: una diversión lejana. La Pescadora, pensó, añadía otra traición a su lista. Otro hilo en la discusión que habían tenido en la penumbra, acerca del valor del honor. “Lo tratas con honor”, casi podía escuchar decir al viejo monstruo. ¿Y a dónde te llevó eso, Angharad Tredegar? Tirando incómodamente de su capa, la noble se apartó de la barandilla. De repente, el aire fresco que había buscado parecía demasiado frío.

“- sal afuera.”

Al pasar junto al pilar que la había estado escondiendo, vio que estaban llamando a su habitación—la habitación del grupo para esa noche—. Brun conversaba con Isabel, todavía con la

piel de su rostro enrojecida por la trampa de fuego que había enfrentado como parte del equipo del Lord Ishaan. Le daba un aspecto rojizo, como si fuera un campesino del campo en lugar de un Sacromontano nacido y criado.

“Y allí está,” dijo Lady Isabel. “Puedes preguntarle tú misma.”

Brun se dio vuelta y, cuando Angharad le ofreció una cortés inclinación, él le respondió de igual modo.

“¿Necesitabas de mí?” preguntó ella.

“Así es,” aceptó Brun. “El rumor dice que estás organizando una habitación común vigilada por guardias.”

Angharad asintió. No era un secreto. En todo caso, ese conocimiento tal vez could disuadir al asesino de intentar algo. Su corazón se apretó al pensar: ahora sospechaba quién podría ser ese asesino, aunque vacilaba en seguir esa pista sin más información.

“Pareció una medida necesaria, dadas nuestras anteriores estadías aquí,” continuó.

“No podría estar más de acuerdo,” dijo el hombre de cabellera clara con tono vehemente. “Y dado el reciente... alejamiento de Cozme Aflor, ¿sería demasiado atrevido de mi parte preguntar si podría tomar su lugar?”

Angharad escondió su sorpresa. Miró a Isabel, quien solo sonrió.

“Estoy segura de que Briceida habría estado contenta por su regreso,” dijo la mujer de cabello oscuro. “No tengo objeción alguna.”

“Pensé que habías decidido quedarte con Lord Ishaan,” dijo Angharad con delicadeza.

Tenía la ventaja de ser tanto una verdad como una muestra de mayor cortesía que recordarle que una vez le había dicho que no quería tener nada que ver con los infanzones.

“Mis preocupaciones estaban por los Cerdán,” respondió Brun con franqueza.

El rostro de Angharad se quedó en blanco. Que fuera tan abierto al hablar de ello frente a Isabel resultaba bastante inesperado, aunque la infanzona solo soltó una ligera risita.

“Pensé que esa sería la razón por la que nos apartamos,” dijo ella. “Es solo lo natural, Angharad. Nuestro tiempo en el Dominio me abrió los ojos respecto a los hermanos. Ellos... no son como creía.”

Angharad sintió una punzada de culpa por su egoísmo. Revolcándose en la traición de Cozme, nunca se le ocurrió que Isabel debía sentirse aún más traicionada—había conocido a los hermanos por años, sido amiga de ellos incluso antes de que comenzaran a cortejarse. Brun aclaró su garganta, desviando su mirada.

“En aras de la honestidad, Lady Angharad, también creo que estoy en peligro,” dijo él. “Parece que me he visto envuelto en un malentendido, y aunque entiendo por qué ocurrió, preferiría dormir con guardias en el futuro cercano.”

Y eso provocaba más preguntas, pero Angharad mantuvo la lengua. Recién saliendo de que el Maestro Cozme revelara sus verdaderas intenciones, la franqueza de Brun parecía el mismo aliento fresco que había ido fuera a buscar. Había llegado con intenciones claras y se proponía aclarar las cosas con todos antes de hacer una petición sencilla. Angharad no devolvería eso con una inquisición.

“Todos estamos persiguiendo sombras en estos días,” dijo ella. “No reprocho a nadie que busque refugio, cuando yo misma he intentado construir uno.”

Sonrió y le ofreció a Brun su mano.

“Me alegra tenerte de regreso, aunque sea por una sola noche.”

Él la tomó de la mano, con un apretón firme. Dios de la Noche, qué bueno que por fin algo saliera bien.

“Entonces iré a buscar mis pertenencias,” dijo Brun. “No es recomendable perder más tiempo.”

El Sacromontano saludó cortésmente a ambos, y luego se despidió. Isabel lo observó marcharse con una expresión divertida.

“¿Me perdí de algún chiste?” preguntó Angharad.

“No,” aseguró la infanzona. “Solo que algo en nuestro amigo Brun me trae a la memoria versos de mi tierra. Un versículo de Ilaria.”

“Ya he escuchado ese nombre antes,” dijo Angharad. “Una poeta famosa de los Siglos de las Coronas, ¿verdad?”

“Ruina y Alza son sus obras más famosas, dignas sucesoras de las grandiosas creaciones del Segundo Imperio,” concedió Isabel, “pero en Sacromonte la que más se quiere es Pequeñas Mentiras, Las Pequeñas Mentiras, una colección de versos que escribió en sus años de pobreza, mientras deambulaba por la ciudad.”

Angharad levantó una ceja.

“Ahora sí que tengo curiosidad. ¿Qué versículo le vino a la mente?”

Isabel aclaró su garganta.

“Unirse a la corte de gatos

es cosa que se logra fácilmente:

solo jura que ninguno

ha caído alguna vez de espaldas.”

“No entiendo el significado,” admitió Angharad.

“No le des importancia,” sonrió Isabel. “Podrías decir que es un viejo vicio sacromontano, mi querida, que disfrutamos de una astuta rata.”

La infanzona de ojos verdes posó una mano en su brazo.

“¿Sabes a dónde fue Song?” preguntó. “No la he visto desde que trajo su bolso.”

“No la vi salir,” respondió Angharad.

Dado lo cercano que había estado a las armas antes, que la Tianxi se afastara sola cuando estaban tan claramente alineados quizás fuera peligroso. Lo mejor era hallarla antes de que alguien más lo hiciera.

“No puede haberse ido muy lejos,” reflexionó Angharad. “Pero, mejor asegurarse.”

“Es justo lo que pienso,” sonrió Isabel.

--

Song no resultaba particularmente difícil de localizar, porque la mujer de ojos plateados ya la buscaba.

Angharad tenía preguntas, pero cuando la otra mujer le dirigió una mirada significativa y señaló los numerosos puertas abiertas en el piso — desde donde cualquiera podía estar escuchando — aceptó y la acompañó a otra sala. Cerrando ella misma la puerta, Angharad se quedó inmóvil al ver que ella y la Tianxi no estaban solas: apoyados en la pared trasera estaban el lord Ishaan Nair y Shalini Goel. Por un breve momento se preguntó si había sido traicionada otra vez, pero luego lo descartó. Song le había salvado la vida en dos ocasiones; todo lo que habría hecho falta era que la Tianxi no hiciera nada en absoluto.

“Lady Angharad,” la saludó Ishaan. “Te lo advertí ayer, que había algo más que decir. Song mostró disposición a concertar una reunión.”

“Si no en solitario,” dijo Shalini. “¿Dónde está la confianza, amiga?”

“Por algún lugar cercano a la frontera de Jiushen,” respondió Song.

“Creo que quieres decir Jaldevi,” replicó Shalini sin pestañear.

Finalmente, Angharad captó una referencia. Jiushen había sido territorio bajo el Reino de Cathay, antecesor de las Repúblicas, pero fue anexionado por el naciente Imperio Someshwar en las

guerras que llevaron a la destrucción de aquel reino. Tianxia intentó varias veces recuperarlo, llamándolo Jaldevi por los someshwari, pero nunca logró mantenerlo por más de un año. Algunas de las batallas más sangrientas en la historia de Vespero se libraron en las cercanías de la capital.

“Dejemos eso a un lado antes de que empiecen a cantar ‘El Once Perdido’,” aconsejó el lord Ishaan. “Nunca he visto que eso ocurra sin que se arme una bronca posterior.”

En otras circunstancias, Angharad quizás se hubiera divertido — la disputa algo juguetona entre Song y Shalini generalmente valía una risita — pero en ese momento no sentía ganas de humor. La ausencia de alegría en su rostro era lo bastante evidente como para que Ishaan frunciera el ceño al verla.

“Ah,” dijo el hombre de mejillas regordetas. “Debería haberme esperado eso.”

“Es necesaria una conversación,” declaró Angharad, “pero quizás no la que tú deseas.”

Shalini frunció el ceño.

“¿De qué estás hablando?”

“No haría acusaciones sin fundamento,” respondió la noble con firmeza, “pero la demostración del contrato del lord Ishaan suscita interrogantes. Ambas víctimas fueron asesinadas en su sueño, un sueño que duró más tiempo que cualquier cosa, salvo drogas o un contrato, podría justificar.”

Quizás no había llegado a acusar, se quedó a punto, pero la implicación era clara. La expresión de Song era inescrutable, pero sus intenciones importaban poco. Angharad tenía la obligación de buscar respuestas respecto a la muerte de Aines, ocurrida en medio de una tregua. Shalini se mostraba visiblemente furiosa, inflamándose con la ira mientras contestaba con rabia.

“¿Así será? Nosotros entramos de buena fe y—”

El lord Ishaan le puso una mano en el hombro.

“Es una pregunta justa, Shal,” dijo. “El secreto tiene su valor, pero ya han matado a dos personas.”

El rostro de la otra someshwari se suavizó con sus palabras, aunque aún ardía la chispa de la indignación. Por mucho que Angharad quisiera creer que Shalini Goel no tendría nada que ver con un asesino, no estaba segura de que la otra mujer colocara esas preocupaciones por encima de su lealtad a Ishaan.

“No te corresponde pagar por sus sospechas”, replicó Shalini. “No nos debemos a eso.”

“No siempre se trata de deber”, dijo Ishaan Nair.

Retiró su mano del hombro de su compañera, aunque a simple vista, tanto Angharad como él parecían reacios a separarse. El lord Ishaan la miró claramente a los ojos.

“Mi contrato no lograría lo que describes”, afirmó. “Aunque puedo aturdir a los demás, incluso dejarlos inconscientes, el efecto es frágil — serán despertados por el dolor.”

Angharad empezó a escoger sus palabras, pero Song aclaró su garganta y habló primero.

“Si estuviéramos inclinados a desconfiar de ti”, dijo delicadamente el Tianxi, “¿cómo proporcionarías pruebas?”

Ishaan hizo una mueca, lanzando una mirada a Shalini. Ella suspiró y dio un paso al costado. Por un momento, Angharad pensó que usaría su contrato con ella, pero en lugar de eso, fue a buscar un viejo y polvoriento lebrillo de chambergo en la esquina.

“Mi dios es un dios del alma”, dijo el señor Someshwari. “Desprecia la impureza y bebe solo de fuentes puras. El precio que exige por su poder refleja esto.”

Ishaan se preparó mentalmente con evidente determinación.

“Tu abrigo es negro”, le dijo a Angharad.

Ella parpadeó sorprendida. En realidad, era un tono de verde oscuro. Ni siquiera una respiración después de pronunciar esas palabras, Ishaan palideció y sudor se perló en su frente. Se convulsionó, y Shalini se acercó corriendo con el lebrillo en mano, mientras él comenzaba a vomitar en seco sobre él. Pasó un minuto entero antes de que cesara, jadeando y apartándose del lebrillo que, milagrosamente, seguía vacío. Angharad no era ajena a la estrategia de simular enfermedad, pero si bien el arcadas se podían fingir, el sudor no.

“No puedes mentir”, dijo ella.

“No puedo hablar una falsedad a sabiendas”, corrigió Ishaan. “Porque eso me enfermaría, ya que mentir contamina el alma.”

“Estuviste enfermo al comienzo de la segunda prueba”, comentó Song. “Pero no de esta manera. Y Shalini afirmó que era una consecuencia de usar tu contrato, no un precio.”

Shalini lo miró con furia.

“¿No tienes suficiente evidencia?”, challenging she challenged. “¿Deberíamos entonces indagar en los detalles de tu contrato, Song Ren? O quizás sobre tu apellido. Las cortesías no dadas no pueden ser devueltas.”

Ishaan aclaró su garganta, con la voz áspera.

“No soy un peregrino en el Camino de Nueve Pliegues”, dijo. “Si respondiera esa pregunta, revelaría mis secretos y esperaría algo a cambio.”

Sólo que, aunque fue Song quien lo dijo, los ojos del noble se detuvieron en Angharad. Aunque le tentaba rechazar, aceptar la ignorancia, el hecho era que Aines había muerto en un acto de tregua.

Se requerían respuestas.

“Estoy escuchando”, dijo ella.

“Una alianza para la Prueba de Malezas”, afirmó Ishaan. “Yo, Shalini y quienes tú invites.”

“Y tú revelarías la naturaleza de tu contrato a cambio”, dijo Angharad.

“Mientras prometas no discutirlo con nadie fuera de esta habitación.”

Sus ojos volvieron a encontrar la cicatriz en su mejilla, lo que no pudo evitar pensar era en realidad un rostro más auténtico que sus mejillas gordas y modos afables. Era amable y cortés, Lord Ishaan Nair, pero Angharad no olvidaría que había planeado enviar a toda la tripulación de Tupoc a su probable muerte. Los Pereduri no dirían conocerlo en profundidad ni a él ni a Shalini, pero ella creía poseer cierto juicio de carácter, y Shalini no le parecía lo suficientemente fría para eso. Su temperamento y su dedo listo para disparar eran ardientes, pero no lo bastante despiadados para tomar esa decisión.

Ishaan, sin embargo, podía ver cómo sopesaba los beneficios y las pérdidas antes de decidir su destino.

Por eso, en aquel momento, Angharad se encontraba considerando un acuerdo en el que recibiría algo que necesitaba pero que en realidad no deseaba, a cambio de entregar algo que Ishaan Nair llevaba persiguiendo desde la última vez que se encontraron en aquel templo. El joven de mejillas risueñas era el más vulnerable, aquel que se exponía y se veía acorralado, y aún así sería él quien saldría con la ventaja. Angharad sentía una inquietud similar a la de un pez atrapado en una red.

—No es un trato injusto —opinó Song.

Un vistazo a su rostro le reveló que la Tianxi estaba inclinada a aceptar, aunque consciente de que esa decisión no le correspondía a ella. Suspirando, Angharad asintió.

—Bajo los términos establecidos, acepto su trato —dijo.

Los hombros de Ishaan se relajaron, e incluso dedicó una sonrisa a Shalini. Ella pensó que estaba más nervioso de lo que había imaginado. En cierto modo, eso resultaba reconfortante.

—Es difícil adentrarse en el funcionamiento de mi contrato sin adentrarse en la metafísica teísta —indicó Ishaan—. ¿Supongo que ninguna de las dos tiene conocimientos al respecto?

Song levantó una ceja.

—¿Y tú? —preguntó.

—Desde los seis años —respondió con naturalidad—. Parte de la razón por la que decidí buscar a la Guardia fue la posibilidad de ingresar en la Sociedad Peiling. Los Sabios son, sin duda, los principales en ese campo de estudio.

Podía creerlo con facilidad. Peiling, Umuthi y Arthashastra —las tres sociedades que componían el Colegio— tenían sólidas reputaciones en sus respectivos ámbitos. Era un asunto habitual entre académicos en Malan que, como Círculos de la Guardia, esas tres organizaciones gozaban de privilegios que otros estudiosos no tenían, lo cual les otorgaba una ligera ventaja injusta.

—No soy experta en esos temas —admitió Angharad con sinceridad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Si no te importa —dijo Ishaan—, prefiero explicar mi contrato en términos descriptivos en lugar de mecánicas teístas.

—¿Lo simplificas para nosotros? —preguntó Song, con cierta diversión en el tono.

—No serían esas exactamente las palabras que usaría —respondió Ishaan con serenidad—.

Qué frase tan cuidadosamente formulada, sonrió ella. La Someshwari en una ocasión la había sorprendido, recordó Angharad, cuando había utilizado una formulación exacta en su presencia. No era de extrañar si se veía obligado a vivir de modo similar al que ella intentaba por medio de su contrato, castigando aquello que se apartara de sus reglas.

—No me importa —dijo la Pereduri.

Song encogió los hombros en señal de acuerdo. Ishaan asintió en agradecimiento.

—En esencia, superpongo mi mente física —tal como la concibe mi alma— sobre la de una sola entidad pensante a la que apunto mediante el éter —les explicó.

Hubo un instante de silencio en el que ambos intentaron comprender lo que se les había dicho.

—Él proyecta su mente en las mentes ajenas y las incapacita —les explicó Shalini—. Es como cargar una pistola con tu alma y dispararla contra las personas.

Song ahogó un grito, y Angharad comprendió en parte ese impulso, habiendo apenas controlado sus propias emociones.

—Realmente desearía que dejaras de expresarlo así —dijo Ishaan, con tono lastimero.

—Y yo desearía que dejaras de disparar tu alma a la gente, Isha —replicó Shalini sin perder el ritmo.

—¿Eso —preguntó lentamente Angharad— es seguro?

—Hasta cierto punto —contestó Ishaan—. Shalini exagera los riesgos, pues mi alma en realidad no está en peligro: la “bala” en su descripción es una concepción de mi mente, diseñada por mi alma, ni el alma ni la mente reales. El riesgo surge cuando la conexión se produce, cuando la concepción de mi mente intenta superponer la suya —dependiendo de la escala del pensamiento que se intente imponer—, se puede ejercer una presión peligrosa sobre mi conciencia.

Por eso fue que quedaste en un estado de aturdimiento tras la Prueba de las Líneas, dijo Song. Lograste neutralizar al airavatan por unos momentos, pero su mente era demasiado poderosa.

“Fue una experiencia particularmente desagradable,” afirmó Ishaan con gravedad. “No muy diferente a intentar llenar un balde exprimiendo una sola naranja hasta que la pulpa quedara seca.”

Casi Angharad se encogió de hombros. Para un hombre incapaz de mentir sin sentirse enfermo, describir una experiencia como “particularmente desagradable” debía haber sido realmente aterrador. Shalini le dio una palmada en la espalda y luego les dirigió una ceja levantada.

“Ahora que somos todos amigos,” dijo el pequeño pistolero, “quizá tengamos algunas preguntas que puedan responder.”

“La alianza comienza sólo con la Tercera Prueba,” señaló Song.

“Ya no tenemos una razón real para estar en desacuerdo,” replicó Ishaan. “Todos queremos llegar a la puerta y sobrevivir a la Prueba de las Malezas. Quizá aún no somos aliados, pero nuestros intereses coinciden.”

“Aún no he escuchado ninguna pregunta,” dijo Angharad, sin prometer nada.

Luego añadió: “Intercambio de preguntas,” en un tono dispuesto.

Angharad le lanzó una ceja, pero asintió con facilidad. No tenía intención de responder preguntas sobre su contrato, aunque no tenía mucho que ocultar. La Someshwari estuvo de acuerdo.

“¿Es cierto que el contrato de Brun trata sobre detectar personas?” preguntó Shalini.

Angharad se sobresaltó.

“Hasta donde sé,” concedió, “no conozco los detalles y no pregunté.”

“¿Por qué preguntar?” dijo Song.

Las Someshwari intercambiaron miradas.

“Creo que él es uno de los más probables para ser el asesino,” admitió Ishaan.

“Nunca has hecho esa acusación,” dijo Angharad, sorprendida.

“No tenemos pruebas,” dijo Shalini. “Y habría complicaciones.”

El Pereduri levantó una ceja.

“Para mí, ha utilizado su contrato varias veces delante de otros,” explicó Ishaan. “Sería fácil acusarlo y la única forma confiable de desactivar esas sospechas sería repetir nuestra conversación anterior frente a todos.”

Y sin obtener una promesa de alianza, pensó Angharad. Otra forma en la que Ishaan la había superado, de repente se dio cuenta. Si se hiciera tal acusación, ahora que sabía lo que sabía, el honor la obligaría a defender a la Someshwari de una acusación falsa. Su humor se tornó ácido al pensar en ello. Entonces, le vino a la mente una idea: Brun había mencionado al principio que él era el centro de un malentendido que temía le costaría la vida.

No sin razón, considerando que Ishaan casi envió a cinco personas a la muerte.

“No tengo razón alguna para sospechar de Brun,” afirmó Angharad. “Y me ofendería que le sucediera algo.”

“Quizá deberíamos primero preguntar por qué sospechan de él,” propuso Song.

Disgustada, pero reconociendo que la Tianxi tenía razón, volvió a dirigir una mirada expectante a las otras dos.

“Por descarte,” dijo Shalini. “Él tiene el único contrato que encaja con el delito, ahora que descubrimos que el de Tristan era alguna forma de telequinesis a pequeña escala.”

¿Teníamos un contrato Tristan? Angharad mantuvo su sorpresa oculta. No tenía idea. Sin embargo, la argumentación tenía una debilidad evidente.

“Algunos de nosotros todavía podemos ocultar contratos,” señaló.

Ishaan asintió con la cabeza.

“Eso es cierto,” dijo. “Por eso todavía sospecho que podría ser Yong en su lugar.”

Angharad parpadeó sorprendida.

“¿Yong?” preguntó.

“Se mueve mucho,” dijo Shalini. “Primero se une a los infanzones, luego a Tristan y Sarai, después viene con nosotros y ahora está con el viejo fuerte. Está ocultando algo, y beber de manera tan descarada quizás sea una pista demasiado obvia. Además, pues...”

Ella lanzó una mirada curiosa a Song. Este frunció el ceño.

“Es un famoso asesino, de regreso en Tianxia,” reveló Song. “Asesinó a un general célebre que quizás nos ayudó a recuperar Jiushen, seguramente por orden de los nobles de Someshwari.”

“No es un nombre raro,” dijo Ishaan. “Pero varias veces lo hemos oído mencionar la Batalla de Diecai, lo cual es muy suggestivo.”

“No lo negó cuando lo llamé por su alias,” dijo Song.

Angharad sintió náuseas. ¿Cuántas veces había conversado con un asesino a sueldo sin saberlo? De repente, la insistencia de Song en que no estuviera sola con aquel hombre cobró un sentido mucho mayor. Por qué la otra mujer nunca había pensado en mencionarlo antes, valía la pena discutirlo, pensó, aunque no con estas dos. Se aclaró la garganta, ansiosa por cambiar de tema.

“¿Por qué no usaste tu contrato con Tupoc antes?” preguntó Angharad.

Ishaan suspiró, pasando la mano por su cabello.

“Me preocupa su contrato,” dijo.

“Xical parece que sana heridas, pero debe ser algo más elaborado que eso,” dijo Shalini. “Nos informó Lan que puede neutralizar venenos y que los contratos de sanación que reparan carne y desintoxican son muy raros. La esencia de las ideas es demasiado diferente.”

“Es más probable que sea un efecto exótico relacionado con el concepto metafísico de su Ser,” dijo Ishaan. “Si ese es el caso, sería lo opuesto a mi contrato desde la perspectiva teísta. Ponerlos en conflicto podría tener... consecuencias impredecibles, por decir lo menos.”

La imprevisibilidad rara vez terminaba en algo agradable, cuando se trataba de espíritus.

“Toca nuestro turno,” dijo Shalini. “¿Qué sabes sobre lo que hace la tripulación que permaneció en el Viejo Fuerte?”

Angharad parpadeó.

“Tristán, Sarai y Francho,” explicó Ishaan. “También Vanesa, antes de que ella... bueno, estaban todos allí.”

“Nada,” admitió Angharad.

Shalini se rió primero, luego mostró escepticismo. Miró a Song, quien se encogió de hombros.

“¿No salió con tu grupo esa mañana?” preguntó.

“Lo invité hace días, antes de la primera expedición al laberinto,” dijo Angharad. “Solo ahora aceptó la invitación.”

“Qué lamentable,” dijo Ishaan. “Nos informó Lan que hizo algún tipo de trato con la guarnición, pero los términos son desconocidos para nosotros. Que se aventurara en el laberinto fue una sorpresa y no creo que haya muerto antes de llegar a la sala del espejo.”

Hasta ahora habían mencionado dos veces el nombre de Lan como fuente de información. Debían tener buena relación con ella, aunque hacía tiempo que formaba parte de los seguidores de Tupoc. Angharad miró a Song, quien asintió. Entonces, tenía una pregunta. La mujer Tianxi aclaró la garganta.

“¿Cuál era tu plan con las puertas temporales?” preguntó.

Shalini resopló.

“Nada que haya funcionado,” dijo. “Mucho tiempo perdido.”

Ishaan le lanzó una mirada entre cariñosa e irritada.

“Al explorar el cuarto nivel,” explicó, “encontramos un pasaje secreto que conecta una habitación —la que yo reclamé— con la sala de las puertas. Cuando Lady Ferranda nos informó sobre dichas puertas y hacia dónde conducían, vi una oportunidad.”

Angharad se quedó inmóvil. Song se inclinó hacia adelante, con la mirada fija.

“Shalini vino a verme durante la noche,” dijo Ishaan, “y utilizando el pasaje, rompimos la segunda puerta —la que te correspondía a ti, que llevaba de vuelta al laberinto. A la mañana siguiente, tenía la intención de negociar para que pudieras unirte a nuestro grupo, siempre que formáramos una alianza.”

Él no mentía, lo sabía. No podía hacerlo sin sentir náuseas.

—Rompiste nuestra puerta —dijo Angharad lentamente—.

Ishaan levantó una ceja.

—Shalini y yo usamos un martillo para romper tu puerta —afirmó con sencillez, sin dejar lugar a engaños.

Él aún no se enfermaba. Ferranda le había mentido al decir que ella misma había roto ambas puertas. ¿Por qué? Santo Dios, cuántas mentiras de tantas bocas. Perdía la cuenta.

—¿Y la tripulación de Tupoc? —preguntó Song.

—Tupoc y Ocotlán eran un problema —dijo Shalini con franqueza—. Seguían protegiendo a los alborotadores, de modo que todos estaban en desacuerdo y no podíamos limpiar la casa ni hacer cumplir el orden. Además, no había garantía de que todos los que tomaban ese camino murieran. Lady Ferranda lo describió como una trampa, no una muerte segura.

Los ojos de Angharad se movieron hacia Ishaan, quien había dejado que su compañera hablara por él con cuidado.

—No conozco en qué consiste la Prueba de las Hierbas —dijo—. Dada la oportunidad de deshacerse de Tupoc Xical y su segundo antes de que llegaran allí, consideraré que las otras muertes potenciales valían la pena.

Angharad debería haberle tenido desprecio, por escupir en la cara lo que debe ser un noble, pero nunca sintió eso. Era, pensó, la calma en él. La ausencia de culpa o excusas. Al mirar al hombre

marcado por cicatrices ahora, le recordaba a su madre. A la forma en que hablaba, con calma y sencillez, sobre cómo a veces había que dejar a un alborotador al propio peso. Que quizás no fuera justo, pero que un capitán tenía la responsabilidad de su navío y había momentos en los que debía tomarse una decisión fría. Ella asintió lentamente. No compartía el parecer del Lord Ishaan, pero él intentaba mantener a flote la nave: no era un asesino despiadado que buscaba ventaja a toda costa. Podía respetar sus fines, aunque no sus medios.

La mirada de Song en ella le pareció incrédula, pero ella no le prestó atención.

—No puede haber más de eso, ahora que somos aliados —dijo.

Él asintió. Entonces, ella lo dejaría así.

—Ya hemos estado aquí demasiado tiempo —dijo Shalini—. Seguro que ya se ha notado. Tengo una o dos preguntas más, pero pueden esperar.

—Ustedes dos, sigan adelante —sugirió Song—. Aún necesito hablar un momento con Lady Angharad.

Sorprendidos por el pensamiento, ambos aceptaron sin mucho concierto. Angharad dirigió una mirada hacia los Tianxi tras las corteses muestras de cortesía de los Someshwari.

—No me advertiste sobre Yong —dijo.

—No lo supe con certeza hasta ayer —contestó Song—. Me parecía absurdo, como encontrarse con la Admirala Benedeta mientras compras manzanas.

Ningún verdadero almirante, aunque se decía que el temido pirata Trebian había reunido una flota considerable. Angharad hizo una mueca de concesión. Debía parecerle bastante improbable, encontrarse con un asesino tan infame en la Bahía Azul.

—Debe haberse escondido en Sacromonte —meditó el Tianxi—. Quizás las Repúblicas finalmente lo localizaron, y ahora busca refugio en la Guardia.

—De cualquier modo, no puede confiarse en él —afirmó Angharad con frialdad.

—Por ahora, no nos causa problemas —suspiró Song—. Pero tengo una preocupación más urgente.

La ceja del Pereduri se arqueó.

—¿Sobre Ishaan y Shalini? —preguntó.

—No —dijo Song, dudando un momento—. No exactamente. Lo que dijeron, ¿sobre un pasadizo secreto hasta la sala de la puerta? —

Ella asintió.

—Creo —dijo Song— que si hay un pasadizo secreto en un lado de este pasillo, seguramente también habrá uno en el otro.

Angharad levantó una ceja con escepticismo.

“Cuenta las piscinas,” le dijo la Tianxi. “Las gárgolas, el número de habitaciones. No es simétrico — agresivamente no — pero los números en ambos lados del templo siempre coinciden si consideras la sala de la puerta como el centro de este templo.”

La noblewoman admitiría sin dudar que no había dedicado ni un segundo a pensar en esto ni a prestar atención a lo que Song mencionaba, pero no veía razón para dudar de la otra mujer. La implicación en sus palabras era bastante fácil de captar.

“Por lo tanto, aunque no esté colocada de forma simétrica, debería haber un pasaje secreto en el lado opuesto del templo,” resumió Angharad. “Eso parece una conjetura razonable.”

Hizo una pausa.

“Y una preocupación, en caso de que el asesino vuelva a atacar usando ese pasaje.”

“Quizá tengamos que solicitar inspeccionar las habitaciones ya ocupadas,” advirtió Song.

“Entonces empecemos por las vacías y esperemos que no sea necesario,” respondió Angharad.

—

Procedían con método.

Como ganado agrupado para evitar el frío, los que participaban en la prueba habían tomado las habitaciones más cercanas a las escaleras que conducían a la sala de la puerta. Nadie se atrevía a abandonar esa relativa seguridad, eligiendo en su lugar habitaciones demasiado lejanas, temiendo ser atacados, dejando así a la pareja libre para explorar desde los márgenes del pasillo hacia el interior. La mayoría de las habitaciones eran idénticas, de piedra desnuda, con muebles polvorientos y algunos murales, pero en la tercera empezaron a notar pequeñas variaciones: techos más altos, diferentes disposiciones de los muebles, paredes más gruesas.

Fue al entrar en la quinta habitación cuando Song se detuvo de repente justo antes de traspasar el umbral.

“Espera,” dijo la Tianxi. “Mira el tamaño de la habitación.”

Angharad inclinó la cabeza hacia un lado.

“Es una de las más pequeñas,” afirmó. “En paredes y techo.”

“Y la última también tenía una pared más grande de lo habitual,” comentó Song. “¿Qué tan grande dirías que es el espacio entre esas dos habitaciones?”

“Lo suficientemente grande para que una persona pueda atravesarlo,” respondió Angharad.

Admitiría cierto nivel de emoción, como si explorara ruinas antiguas tal como lo hizo Mother una vez. Aunque no era por el honor de la Gran Reina, sino para intentar encontrar a un asesino, esa sensación se atenuaba, ciertamente, pero no desaparecía por completo.

Por mucho que Angharad quisiera creer que ella había sido la clave de todo, todo era obra de Song.

La Tianxi echó un vistazo a la pared, hizo un suave zumbido y se apartó, mientras la noblewoman comenzaba a tocarla en busca de irregularidades. Treinta latidos del corazón después, mientras intentaba presionar una pequeña hendidura en la pared, Song soltó una risa tímida y sonó un suave clic. La habían estado observando en el lecho de piedra, que era presionada contra la pared, y empujó suavemente la cabeza de una pequeña gárgola. Angharad buscó una abertura y encontró que una sección de la pared, junto a la cama, sobresalía ligeramente.

“Ahí,” indicó.

La otra mujer asintió. Song tiró delicadamente de la piedra, levantándola perpendicularmente a la pared hasta revelar una ventana en ella. No entraba luz alguna, pero parecía haber un estrecho pasadizo — no lo suficientemente alto para estar de pie, solo para gatear.

“Bueno, eso,” murmuró Song. “¿Ves eso?”

Angharad se acercó, bajándose para que su rostro estuviera a la altura de la abertura, y entrecerró los ojos. La superficie del pasadizo mostraba una delgada capa de polvo, pero no era homogénea: alguien había gateado por allí antes que ellas.

"Eso podría ser obra de nuestro asesino," dijo ella.

"Es más difícil reconocer a alguien por sus rodillas que por sus pies," comentó Song. "Y no faltan otros orígenes para el polvo. Sin embargo, vale la pena echarle un vistazo."

Angharad asintió en señal de acuerdo. Song tomó una linterna y luego se arrastró dentro del túnel, mientras Angharad, por una necesidad de certeza, regresó y se aseguró de que la puerta de la habitación estuviera cerrada. No tenía cerradura, así que era lo mejor que podían conseguir.

Ella entró.

-- Pronto, Angharad descubrió que tener un compañero que era aproximadamente tres pulgadas más bajo y considerablemente menos ancho de hombros hacía una diferencia a la hora de arrastrarse por un espacio estrecho.

Moverse resultaba intolerablemente indigno, pero la necesidad apretaba. Cuando el túnel giró en una esquina, hacia la pared que su grosor había alertado como posible paso, afortunadamente se ensanchó. También ascendió, casi como escaleras, hasta que lograron situarse por encima del techo. Aunque el espacio arriba seguía siendo estrecho, ahora era bastante amplio: parecía tan grande como las habitaciones que estaban debajo, casi como un ático. Song se arrastró hasta el

borde y soltó un suspiro de sorpresa.

"Hay agujeros en los ojos de las gárgolas," dijo. "Desde aquí se puede mirar afuera."

Angharad se acercó lo mejor que pudo, presionando su rostro contra la piedra al ver una abertura. Song había hablado con la verdad: si esos orificios continuaban todo el camino, sería posible mirar a través de la mayor parte del templo simplemente moviéndose un poco. Ni siquiera Lan en su escondite tendría una vista tan privilegiada.

"No hay polvo aquí," anotó Angharad. "No podemos saber si el asesino también lo notó."

"Me parece probable," respondió Song. "Sobre todo porque..."

Fue interrumpida no por Angharad, sino por el apagado sonido de voces conversando. Ambas se quedaron quietas por un momento, intercambiando una mirada antes de comprender que el ruido venía desde más lejos. Por un acuerdo tácito, se arrastraron más cerca, las voces volviéndose lo suficientemente claras como para distinguir que ambas hablantes eran mujeres. Las percibieron, la Pereduri se dio cuenta con retraso, acercándose más a su propia habitación. Y había más: Song llamó su atención sobre el suelo y el techo debajo de ellas, la forma en que la luz de la linterna los acariciaba. Si se observaba desde el ángulo correcto, la piedra se volvía translúcida, como mirar a través de vidrio oscuro.

Siguiendo las voces, y al llegar a detenerse justo sobre el techo de su habitación, lograron vislumbrar claramente a quiénes estaban observando: Isabel estaba sentada en la cama, conversando con Lady Ferranda, que se encontraba de pie frente a ella. Las entonaciones eran algo difíciles de distinguir, pero las palabras eran claras.

"De groserías," decía Isabel. "No hay necesidad de que estemos en desacuerdo."

"Sigamos adelante," dijo Angharad, de repente incómoda.

Le parecía bastante vulgar escuchar las conversaciones privadas de una dama, especialmente si alguien tenía intenciones hacia ella. Song parecía divertida, pero dispuesta a ceder.

"Aunque siguieras lanzando mi contrato todo el día, no lograrías nada," replicó Lady Ferranda. "No hay nada con qué trabajar."

Angharad se quedó quieta. ¿Tenía Isabel un contrato? Sus ojos buscaron a Song. La Tianxi no parecía sorprendida. Angharad frunció el ceño, y luego hizo un gesto para que ambas se retiraran. Contrato o no, espiar a escondidas no era apropiado. Esta vez, Song negó con la cabeza. No tenía intención de irse.

La noblewoman dudó, pero finalmente permaneció.

"Las invenciones no te sirven de nada," respondió Isabel. "Entiendo que estés angustiada, pero—"

"No soy de Cerdans, Ruesta," interrumpió Ferranda. "No intento seducirte; ojos lastimados y temblorosos no funcionarán conmigo. Mucho menos después de verte manejarlos: no son ejemplos a seguir, lo admito, pero tu juego fue una pieza desagradable."

"Yo no hice tal cosa," replicó Isabel con firmeza. "Si actué como diplomática, Ferranda, fue para ayudarnos a todos a sobrevivir. No todos tenemos el favor de nuestro padre, permitiéndonos andar con extranjeros y cazar durante días. Si la paz es todo lo que puedo ofrecer, la aprovecharé al máximo."

"¡Pobre, inocente Isabel!", se burló la otra mujer. "¿Creías que no te investigaría cuando se supo que compartiríamos un año en el Dominio? Un rastro de chicos y chicas con corazones rotos, sin uno solo que tenga una mala palabra para ti. Ninguno. Curioso, eso."

"Ahora estás desesperada," replicó Isabel fríamente. "El control mental está prohibido por los Acuerdos de Isaías. Sería el fin no solo para mí, sino para cada alma en la Casa Ruesta."

Ferranda Villazur se estaba desquiciando, pensó Angharad. Primero mintió sobre las puertas y ahora lanzaba acusaciones imprudentes sin una sola prueba evidente. Pensó que la infanzona rubia era la más preparada para las pruebas, pero tal vez esa era la razón de esto: incluso después de toda su preparación, había sufrido pérdida tras pérdida.

"Sí, eso me hizo pensar," dijo Ferranda. "Hacer muchas preguntas me habría traído abajo, pero tengo suficiente para tener una sospecha: tú, Isabel, te ves a través del espejo más benevolente. La gente ve las partes que más le gustan y menos las que desagradan."

Angharad parpadeó. Eso era... posible, supuso, aunque Ferranda aún no había presentado ni una pizca de evidencia. Sería injusto revisar cada conversación que había tenido con Isabel con una mirada más fría, pero por esa idea que se filtraba en su mente, se obligó a no dudar.

"Me niego a seguir alimentando esta tontería," afirmó Isabel con severidad. "Si no viniste a pedir disculpas, puedes marcharte."

"¿Pero cuál sería tu precio, entonces?" continuó Ferranda, imperturbable. "Debe ser sutil, tu contrato ciertamente lo es. Estaba adivinando y equivocándome, lo admito. Solo lo entendí cuando nos vimos nuevamente en el Fuerte Viejo, tras la Prueba de las Líneas."

"Lo he dicho," repitió Isabel, incorporándose. "Puedes irte."

"Lo diste bien, pero antes de que alguien dijera mi nombre, no me reconociste," se rió la otra infanzona. "Pensé que era una locura, que solo nos conocíamos un poco, pero casi no éramos extrañas, y eso fue cuando lo entendí. Siempre prestas tanta atención a la ropa de la gente. No solo a la nobleza, sino a todos. Pensé que eras una snob, pero hay más en ello."

Una pausa.

"Es lo que usas para distinguirnos, ¿verdad? Como si olvidaras los rostros."

Isabel suspiró, apartando su cabello.

"Debe ser reconfortante, Ferranda, tener una historia que te cuentes sobre cómo un villano astuto es responsable de todos tus males," dijo. "No te envidio esa fantasía, considerando."

Se inclinó hacia adelante.

"Pero ambas sabemos que la verdad es más sencilla: empezaste a acostarte con la sirvienta, agravaste el error al sentir algo por él y luego lo mataste cuando ideaste una locura para mantenerlo cerca como amante en tu boda," afirmó Isabel. "Llora a tu Sanale todo lo que quieras, Ferranda, pero su muerte no fue obra mía. Ve a lanzar otra conspiración salvaje en otro lado."

"Vuelve a pronunciar su nombre," dijo Ferranda, "y te estarás tragando los dientes."

"Puede que no sobrevivas a las consecuencias de eso," afirmó Isabel.

"¿Crees que puedes esconderte detrás de Tredegar por mucho tiempo?" Ferranda soltó una risa con sorna. "Rápidamente te ataste a ella, y es sensible, pero no es tonta. Se dará cuenta de que solo la estás usando a ella."

"No dudo que lo haría, si eso fuera lo que estoy haciendo," respondió Isabel con paciencia. "Es muy inteligente, a pesar de las obsesiones habituales de Malani. No que eso sea asunto tuyo, pero le tengo cariño y deseo un poco de dulzura antes de que nos separen. Lo que no somos es estar enamoradas, porque no soy una idiota."

Ferranda soltó una carcajada.

"Manes, pero eres hielo," dijo casi admirada. "Pensé que habría una grieta, un poco de culpa, pero te pareces a una estatua."

La infanzona más alta dio un paso adelante, mientras Isabel retrocedía cautelosa.

"Supongo que debe ser enloquecedor vivir en un mundo de extraños que te aman a todos," comentó Ferranda. "Como si todos fuéramos muñecos, que no somos del todo reales."

Isabel hizo una pausa, y luego rió con incredulidad.

"Oh," dijo ella. "¿Entonces eso piensas tú, que esta barata obra de teatro trata de eso? Crees que soy la asesina – ¿o qué? ¿Que convencí a alguien más de matar a los gemelos Tianxi y a esa pobre esposa golpeada?"

"He visto que hablas con Tristan y—"

"Borrrate," rió Isabel, sacudiendo la cabeza. "Si buscas una asesina, deberías mirar a él. No sé qué hizo, pero Beatris tenía miedo. ¿No ha notado nadie más que su supuesta caja de medicinas lleva bastante veneno?"

Ferranda gruñó.

“¿Crees que soy una idiota?” preguntó ella. “No hay ni un maldito asesino, Isabel. Viniste a la Dominación para librarte de los hermanos Cerdan después de jugar con sus mentes más allá de lo que se podía arreglar, pero no puedes afrontar las consecuencias. Así que inventaste un asesino falso para culparlo, para que la Casa Cerdan no ignore las reglas no escritas y pise sobre el Ruesta después.”

Otro paso adelante. Esta vez, Isabel mantuvo la posición.

“Un empujoncito aquí, un poco de engaños, siempre otros haciendo el trabajo sucio por ti,” dijo Ferranda. “¿Con quién hablaste para la primera muerte? Yaretzi te vio salir sigilosa de tu tienda esa noche en la colina.”

“Ah, sí,” burló Isabel. “Justo antes de usar mis poderes mágicos para hacer que las víctimas permanecieran dormidas. Perder a mis doncellas y a mi guardia leal antes de terminar la segunda prueba fue claramente un gran plan, y no una serie de desastres. Aquí, lo vuelvo a hacer.”

La infanzona chasqueó los dedos.

“Qué extraño,” afirmó Isabel con frialdad. “Aquí sigues despierta, sin que te corten la garganta.”

“Lo averiguaré,” expresó Ferranda. “Y cuando llegue ese momento, Isabel, pagarás por cada parte de esto.”

Con el rostro frío y digno, la otra infanzona se dirigió a la puerta y la abrió de golpe.

“Fuera,” ordenó. “O gritaré pidiendo ayuda.”

“Esto aún no termina,” dijo Ferranda.

“No, supongo que no,” respondió Isabel. “Mientras estás allí afuera cavando, intenta averiguar alguna otra cosa para mí. Verás, cuando mi padre compró información sobre Bluebell, un detalle me llamó la atención.”

Se inclinó hacia adelante.

“Pregunta a tu buena amiga Yaretzi por qué mide más de un pie menos de lo que debería, Ferranda. Tengo mucha curiosidad por saber la respuesta.”

Ferranda soltó una risotada, salió de la habitación y, en su estela, Isabel quedó allí sola, sin percatarse de que estaban observándola. La infanzona suspiró y cerró la puerta, y se dirigió a acostarse en la cama. Angharad tragó saliva, evitando la mirada plateada de Song.

Al parecer, le quedaba mucho por pensar.